

LA VIVENCIA DE LA ESPERANZA CRISTIANA EN EL DOLOR Y EL SUFRIMIENTO

OBJETIVO

Ofrecer a nuestros hermanos y hermanas enfermos una luz de esperanza en medio del dolor y del sufrimiento, para poder encarnar algunos aspectos de la esperanza cristiana en sus vidas, y puedan experimentar un encuentro vivo y redentor con el Señor en su vida.

VER

Para avanzar en la vida en medio de la enfermedad, necesitamos esperanza. Todos esperamos. La esperanza es necesaria en la vida cotidiana, pero aún más cuando el dolor, el sufrimiento y la enfermedad se perfilan como un drama serio con el que se tiene que vivir. Puede que nos haya sucedido, en nuestra persona o en la de algún ser querido, pasar o estar pasando por una enfermedad grave, para la cual no hay perspectivas significativas de recuperación. En esos momentos pensamos que no hay un sendero por donde caminar, un muro muy alto se levanta frente a nosotros en el camino que seguimos. Entonces llega el médico, visita al enfermo y, tras guardar silencio un momento, dice: hay esperanza. En estas palabras, hay esperanza el camino se muestra claro, se reabre, el muro se derrumba, recuperamos la confianza en el futuro y las ganas de vivir pasan por todos nuestros miembros. La esperanza es prever un bien por delante y sentirse preparado para lograrlo. Sucede un poco como ciertos pájaros, que normalmente se mueven usando las patas, pero cuando están en peligro también usan las alas. Gracias a estas alas logran ponerse a salvo. La esperanza es este par de alas, que nos permiten volar hacia el bien que nos espera.

PENSAR

Leer y comentar Romanos 8,18-25.

Es importante plantearnos las siguientes interrogantes, ¿qué es lo que realmente esperamos? ¿Cuál es el bien que deseamos alcanzar en medio del dolor y del sufrimiento? Si bien algunas dimensiones son compartidas con otros seres vivos, plantas y animales, como la necesidad de mantener y desarrollar la vida biológica, el ser humano percibe, sin embargo, una diversidad dentro de sí mismo, una propiedad que lo hace único. Es una chispa de espíritu en su ser material, una huella que Dios ha dejado en el ser humano y sólo en el ser humano, y que hace del ser humano una imagen de Dios: el alma (Cf. *Gaudium et Spes* 14 - 18).

Al sumergirse en su propia alma, el ser humano experimenta ser habitado por un triple deseo. El deseo de la **VERDAD**, de conocer el significado de la realidad, su causa y su fin, el significado de la alegría y del dolor, el valor de la vida y de la muerte. Después de la vida en la Tierra, ¿hay algo más? ¿Y Dios existe? Y si existe, ¿es posible comunicarse con él?

También siente el deseo de amor en su **ALMA**. De hecho, ¿qué sentido tendría descubrir la verdad si ésta no coincidiera con el amor, reduciéndose a un diamante espléndido como la luz, pero frío como el hielo? El ser humano desea recibir amor. Muchas heridas, dolores y sufrimientos surgen a causa de no haberse sentido amado en algún momento de su vida, no haber sido reconocido en su valor, no haberse sentido plenamente valorado. Y viceversa, sana cuando experimenta ser amado, acogido y apreciado por sí mismo, mediante una caricia, una sonrisa, un agradecimiento. El ser humano también tiene el deseo de transmitir amor. De nada sirve sacrificarse y construir si no hay alguien por quien hacerlo, alguien por quien valga la pena vivir y morir, alguien a quien ofrecerse diciendo: He aquí todo lo que soy, lo que tengo, lo que hago, es para ti. Vivo para ti. Te amo. (Cf. Juan Pablo II, audiencia general, *L'uomo, immagine di Dio, é un essere spirituale e corporale*).

Y finalmente, el ser humano lleva dentro de sí el deseo de la **ETERNIDAD**. En efecto, si en su condición, junto con los males, encuentra algunos bienes, ¿de qué le sirven éstos si tarde o temprano perecen, disolviéndose en la nada? Un bien es verdaderamente tan sólo si es para siempre, sólo si es capaz de durar por la eternidad (Cf. *Gaudium et Spes* 14 -18). San Agustín nos muestra que este triple deseo es en realidad un solo deseo con tres dimensiones, es un deseo de Dios, que es Verdad, Amor y Eternidad. Dios mismo ha puesto este deseo en el corazón del ser humano, para que el ser humano busque y encuentre su realización en Dios: "Tú nos has hecho para ti, oh, Dios, y nuestro corazón está inquieto hasta encontrar la paz en Ti" (Confesiones I, 1).

Ahora bien, la esperanza cristiana es una esperanza cierta, porque tiene un nombre. No es algo sino alguien. Nuestra esperanza es el Señor Jesús, Él es el bien que tenemos ante nosotros, o, mejor dicho, que viene hacia nosotros. En el Señor Jesús, el Padre se inclina sobre nosotros y nos dice hay esperanza. El Señor Jesús es aquel en cuya resurrección Dios Padre pronuncia la palabra definitiva sobre la historia: el amor es más fuerte que el mal y la vida más fuerte que la muerte.

ACTUAR

La Iglesia es una familia unida por el vínculo de la caridad. La Iglesia es un espacio que practica y ofrece la caridad. Con las armas de la caridad, lucha contra el mal en todas sus formas, para hacer de nuestro mundo un espacio fraterno. La fraternidad es un desafío ante todo para nuestra Diócesis y para nuestras comunidades parroquiales. La capacidad de abordar evangélicamente el dolor, el sufrimiento y la enfermedad, es la primera forma de testimonio que debemos ofrecer en nuestras comunidades. La presencia de asociaciones y movimientos en las parroquias que buscan la humanización de la salud es una riqueza. Las propias parroquias están llamadas a colaborar entre sí, poniendo en común recursos humanos, espirituales, estructurales y pastorales, para el bien de los más necesitados, en este caso, de los enfermos.

Estamos llamados en los diversos ámbitos pastorales a crecer en el estilo de la sinodalidad buscando la humanización de la salud, activando y potenciando todos

los mecanismos de escucha y discernimiento. Estamos llamados a ampliar los espacios de inclusión, porque en la Iglesia como repite el Papa Francisco, hay lugar para "todos, todos, todos". La Bula *Spes non confundit* (8-15) indica algunos ámbitos en los que es necesario colocar signos de esperanza, es necesario organizar la esperanza a través de iniciativas de caridad concretas. Como siempre, los enfermos, los pobres, los frágiles y los marginales están en primer plano.

Es importante recordar la conclusión de la Bula *Spes non confundit*: "El próximo jubileo será un Año santo caracterizado por la esperanza que no se apaga, que en Dios nos ayude a redescubrir la confianza necesaria, en el Señor, en la Iglesia, en la sociedad, en las relaciones interpersonales, en las relaciones internacionales, en la promoción de la dignidad de cada persona y el respeto a la creación. Que el testimonio de los creyentes sea fermento de auténtica esperanza en el mundo, anuncio de nuevos cielos y de una nueva tierra (Cf. 2P 3,13), donde podamos vivir en justicia y armonía entre los pueblos, con miras al cumplimiento de la promesa del Señor. Dejémonos ahora atraer por la esperanza y dejemos que se contagie a través de nosotros a quienes la desean. Que nuestra vida les diga: "Esperen en el Señor, fortalézcanse, fortalece tu corazón y espera en el Señor" (Sal 27,14). Que la fuerza de la esperanza llene nuestro presente, mientras esperamos confiados el regreso del Señor Jesucristo, a quien sean la alabanza y la gloria ahora y en los siglos futuros".